

estaba segura, sin rogárselo muchas veces, me lo dió, diciendo: «quiera Dios que me lo vuelvas y como lo piensas te suceda; veslo ahí.»

Tomélo, metlo en el pecho, guardado en una bolsilla bien atada y amarrada en un ojal del jubon. Fuíme derecho á casa de un platero confeso, gran logrero, que allí había, hícele larga relación de mi persona, de la manera que vine á la compañía, y lo mucho que en ella en poco tiempo había gastado, reservando para mayor necesidad una joya muy rica que tenía, que si me la pagase algo menos de su valor, se la daría; pero que se informase primero de mí, quién era y mi calidad, y en sabiéndolo (sin decir para qué lo preguntaba, teniendo bastante satisfacción) se saliese á la marina, que allí lo esperaba solo. El hombre, codicioso de la pieza, se informó del capitán, oficiales y soldados, hallando la relación que le pareció bastante. Contestaron todos una misma cosa, ser hijo de un caballero principal, noble y rico, que deseoso de pasar á Italia, vine con dos criados, muy bien tratada mi persona y con dineros, que todo lo desperdicié como mozo, quedando perdido cual me via. El confeso salió donde lo esperaba, y me contó lo que le habían dicho; estaba satisfecho, que seguramente podía comprar de mi cualquiera cosa. Pidióme la joya para verla, que me la pagaría por lo que valiese; díjeme que nos apartásemos á solas en parte secreta, y allí se la enseñaría. Fuimos alargando un poco, y donde me pareció lugar conveniente, metí la mano en el seno, y saqué el *Agnus Dei* de oro, de cuyo precio estaba yo bien informado, como del que lo había pagado. Satisfizo al platero, crecióle la codicia de comprarlo, porque demás que estaba bien obrado, tenía piedras de precio. Pedile por él doscientos escudos, y era muy poco menos lo que había costado de lance. Comenzó á deshacer bajándolo de punto, púsole cien faltas, y ofrecióme mil reales á la primera palabra; resolvíme que habían de ser ciento y cincuenta escudos, y los valía como un real; no quería bajar de allí. Sirva de aviso al que vende, que nunca baje al precio en que ha de dar la cosa, sino espere á que suba el comprador á lo en que la puede llevar. Dimos y tomamos; mi hombre se puso en darme ciento y veinte escudos de oro en oro; parecióme que de allí no subiría, y que bastaban para lo que yo pretendía; rematé-selo.

Bien deseó no apartarse ni dejarme hasta tenerlo pagado, y que me fuese con él. Yo le dije: señor honrado, que buena sea su vida, por lo que aquí me aparté á solas fué con temor no me tomen este dinero que tengo reservado para en llegando á Italia vestirme y darme á conocer á deudos míos; y si algún soldado me ve ir con vuesa merced, bien ha de sospechar que no es á comprar, sino á vender algo; y en sintiéndome algunas blancas (como soy muchacho) me las han de quitar, y no me queda otro remedio. Vaya en buen hora, que aquí lo espero, vengan los escudos y llevará su joya, que le haga buen provecho, como deseo. Mi razón le cuadró, partió como un potro de carrera hasta su casa por ellos. Yo había dado aviso á un mi compañero (de quien mi amo hacia confianza) que me estuviese esperando; y en dándole una seña, llegase á mi secretamente. Púsose en acecho, y venido el platero, contóme los escudos en la palma de la mano; tenía la joya en la bolsa, hice por quererla desatar; como estaba tan bien añadido no pude. Tenía mi mercante colgada del cinto una caja de cuchillos, pedile uno, él (sin saber para qué) me lo dió, corté la cinta con él, dejando asido el fiado al jubon como se estaba, y díselo con el *Agnus Dei*. El hombre se admiró, y dijo: ¿para qué había hecho tal? Respondíle: que como no tenía caja ni papel en que dársela envuelta, lo hice, que no importaba, que ya la bolsa era vieja, y no tenía della necesidad, porque aquellos escudos habían de ir cosidos en una faja; él tomó su joya como se la di, metióla en el seno, despedímonos, y fuése; hice á

mi compañero la seña, y en llegando dile los escudos, y aviséle que aguijase con ellos á casa, y dándoselos á mi señor, le dijese que yo iba luego.

Así me fui siguiendo á mi platero, y aunque por ir á paso largo me llevaba ventaja, corri tras él hasta tener buena ocasión como la esperaba. Al tiempo que emparejó con un corrillo de soldados, asgo dél con ambas manos, dando voces: «al ladron, al ladron, señores soldados, por amor de Dios, que me ha robado, no lo suelten, ténganlo, quitenle la joya, que me matará mi señor si voy sin ella; y me la hurtó, señores.» Conociánme los soldados, y como me oyeron, creyeron decía verdad; tuvieron el hombre para saber qué había sido; y porque quien da mas veces tiene mas justicia y vence las mas veces con ellas, yo daba tantas que no le dejaba hablar, y si hablaba, que no le oyesen, haciéndole el juego maña. Imploraba con grandes exclamaciones, las manos levantadas y juntas, las rodillas en el suelo: «señores míos, que me matará el capitán mi señor, compadézcanse de mí.» Dábale lástima mi tribulación; preguntaron ¿cómo había sido? No le dejé hacer baza; quise ganar por la mano acreditando mi mentira, porque no encajase su verdad; que el oído del hombre, contrayendo matrimonio de presente con la palabra primera que le dan, tarde la repudia, con ella se queda; son las demás concubinas, van de paso, no se asientan; díjeme: «esta mañana se dejó mi señor el *Agnus Dei* á la cabecera de la cama, mandóme que lo guardase, púsole en la bolsa, metilo en el seno, y estando con este buen hombre en la marina, lo saqué y se lo enseñé; como era platero preguntéle lo que valía: díjome, que era de cobre dorado, las piedras vidrios, que si lo querían vender; díjeme que no, que era de mi amo; preguntóme: ¿y él venderálo? Respondíle: no, señor, dígaselo vuesa merced. Con esto me llevó en palabras, preguntándome quién era, de dónde venía, y dónde iba, hasta que nos vimos á solas y sacando un cuchillo de aquella caja, me dijo, que callase ó que me mataría. Sacóme del seno la joya, y como no la pudo desatar, cortóme la cinta, y fuése: búsqüenselo, por un solo Dios.»

Viendo los soldados la bolsa cortada, miraron al platero, que estaba como muerto, sin saber qué decir; sacaronle el *Agnus Dei* del seno, que lo llevaba en la bolsa como yo se lo había dado. Echaba maldiciones y juramentos, que se lo había vendido, y que por mi mano con aquel cuchillo corté la bolsa, y en ella se lo di, dándome por él ciento y veinte escudos de oro; no lo creyeron, pareciéndoles que ni él comprara de mi aquella pieza, pues había de creer ser hurtada, y porque habiéndome mirado y rebuscado no me hallaron dineros; con esta prueba lo maltrataron de obras y palabras, que no le valían las que decía, quitáronse por fuerza; fuése á quejar á la justicia, parecí presente, y referí el caso según antes lo había dicho, sin faltar sílaba. Los testigos juraron lo que habían visto; púsose el negocio en términos que quisieron castigarlo, diéronle una fraterna y echáronle de allí, y á mi me mandaron que llevase á mi amo la joya. Fuíme á la posada, y en presencia de toda la gente se la entregué.

*La traición aplace, y no el traidor que la hace.* Bien puede obrando mal el malo, complacer á quien le ordena; pero no puede que en su pecho no le quede la maldad estampada y conocimiento de la bellaquería, para no fiarse dél en mas de aquello que le puede aprovechar. Por entonces no le pesó á mi amo del hecho; mas dióle cuidado; hallábase bien con mis travesuras, temíase dellas y de mí; con este rescoldo pasó hasta Jénova, donde habiendo desembarcado, y teniendo de mi servicio poca necesidad, me dió cantonada. Son los malos como las viboras ó alacranes, que en sacando la sustancia dellos, los echan en un muladar; solo se sustentan para conseguir con ellos el fin que se pretende, dejándolos después para

quien son. A pocos dias llegados, me dijo: «mancebico, ya estais en Italia, vuestro servicio me puede ser de poco fruto, y vuestras ocasiones traerme mucho daño; veis aquí para ayuda del camino, partíos luego donde quisieredes.» Dióme algunas monedas de poco valor y unos reales españoles, todo miseria, con que me fui de con él. Iba la cabeza baja, considerando por la calle la fuerza de la virtud, que á ninguno dejó sin premio, ni se escapó del vicio sin castigo y vituperio. Quisiera entonces decir

á mi amo lo en que por él me había puesto, las necesidades que le había socorrido, de los trabajos que le había sacado, y tan á mi costa todo; mas consideré que de lo mismo me hacia cargo, apartándome por ello de sí como á miembro cancerado. Viendo mi desgracia, y creyendo hallar allí mi parentela, me di por todo poco; fui-me por la ciudad tomando lengua que ni entendia ni sabia, con deseo de conocer y ser conocido.

## LIBRO TERCERO.

TRATA EN ÉL DE SU MENDIGUEZ, Y LO QUE CON ELLA LE SUCEDIÓ EN ITALIA.

### CAPITULO I.

Cómo hallando Guzmán de Alfarache los parientes que buscaba en Jénova, se fué á Roma, y la burla que antes de partirse le hicieron.

¶ Para los aduladores *no hay rico necio, ni pobre discreto*; porque tienen antojos de larga vista, con que se representan las cosas mayores de lo que son; verdaderamente se pueden llamar polilla de la riqueza y carcomas de la verdad. Reside la adulación con el pobre, siendo su mayor enemigo, y la pobreza, que no es hija del espíritu, es madre del vituperio, infamia general, disposición á todo mal, enemigo del hombre, lepra congijosa, camino del infierno, piélagos donde se anega la paciencia, consumen las honras, acaban las vidas y pierden las almas. Es el pobre moneda que no corre, conceja de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico; come mas tarde, lo peor y mas caro, su real no vale medio, su sentencia es necesidad, su discreción locura, su voto escarnio, su hacienda del comun; ultrajado de muchos y aborrecido de todos. Si en conversacion se halla, no es oído; si lo encuentran, huyen dél; si aconseja, lo murmuran; si hace milagros, qué es hechicero; si virtuoso, que engaña; su pecado venial es blasfemia, su pensamiento castigan por delito; su justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida; todos lo atropellan, y ninguno lo favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie, sus trabajos quien los consuele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden; nadie le da, todos le quitan; á nadie debe, y á todos pecha. Desventurado y pobre del pobre, que las horas del reloj le venden, y compran el sol de agosto! Y de la manera que las carnes mortecinas y desaprovechadas vienen á ser comidas de perros, tal como inútil, el discreto pobre viene á morir comido de necios. Cuán al revés corre un rico! Qué viento en popa! Con qué tranquilo mar navega! Qué bonanza de cuidados! Qué descuido de necesidades ajenas! Sus alhollies llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda: ¿qué guardado el verano del calor! qué empapelado el invierno por el frío! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necesidades sentencias; si es malicioso, lo llaman astuto; si prodigo, liberal; si avariento, reglado y sabio; si murmurador, gracioso; si atrevido, desenvuelto; si desvergonzado, alegre; si mordaz, cortesano; si incorregible, burlon; si hablador, conversable; si vicioso, afable; si tirano, poderoso; si porfiado, constante; si blasfemo, valiente, y si perezoso, maduro; sus yerros cubre la tierra, todos le tiemblan, que ninguno se le atreve; todos cuelgan el oído de su lengua para satisfacer á su gusto, y palabra no pronuncia que con solemnidad no la tengan por oráculo. Con

lo que quiere sale; es parte, juez y testigo acreditando la mentira; su poder lo hace parecer verdad, y cual si la fuese, pasa por ella; ¿cómo lo acompañan, cómo se llegan, cómo lo festejan, cómo lo engrandecen! ¶

¶ Ultimamente, pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico; y así donde bulle buena sangre y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte; porque el dinero calienta la sangre y la vivifica; y así el que no lo tiene es un cuerpo muerto que camina entre los vivos; no se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo; ejecutar gusto, ni tener cumplido deseo. Este camino corre el mundo; no comienza de nuevo, que *de atrás le viene al garbanzo el pico*; no tiene medio ni remedio; así lo hallamos, así lo dejaremos; no se espere mejor tiempo ni se piense que lo fué el pasado; todo ha sido, es y será una misma cosa. El primero padre fué avevoso; la primera madre mentirosa; el primero hijo ladron y fratricida. ¿Qué hay ahora que no hubo? ¿O qué se espera de lo por venir? Parecernos mejor lo pasado consiste solo que de lo presente se sienten los males, y de lo ausente nos acordamos de los bienes; y si fueron trabajos pasados, alegría el hallarse fuera dellos, como si no hubieran sido. Así los prados, que mirados de lejos, es apacible su frescura, y si llegais á ellos no hay palmo de suelo acomodado para sentaros; todos son hoyos, piedras y basura; lo uno vemos, lo otro se nos olvida. Muy antigua cosa es amar todos la prosperidad, seguir la riqueza, buscar la hartura, procurar las ventajas, morir por abundancias; porque donde faltan el padre al hijo, el hijo al padre, hermano para hermano, yo á mi mismo quebranto la lealtad y me aborrezco. Así me lo enseñó el tiempo con la disciplina de sus discursos, castigándome con infinito número de trabajos. Ya veo que si cuando á Jénova llegué me considerara, no me arriscara, y si aquella ocasión guardara para mejor fortuna, no me perdiera en ella como sabrás adelante. ¶

Luego, después que dejé á mi amo el capitán, con todos mis harapos y remiendos, hecho un espantajo de higuera, quise hacerme de los godos, emparentando con la nobleza de aquella ciudad, publicándome por quien era; y preguntando por la de mi padre, causó en ellos tanto enfado que me aborrecieron de muerte; y es de creer que si á su salvo pudieran, me la dieran, y aun tú hicieras lo mesmo si tal huésped te entrara por la puerta; mas harto me la procuraron por las obras que me hicieron. A persona no pregunté que no me socorriese con una puñada ó hofeton. El que menos mal me hizo fué, escupiéndome á la cara, decirme: «bellaco, marrano, ¿sois vos jinovés? Hijo sereis de alguna gran mala mujer, que bien se os echa de ver;» y como si mi padre fuera hijo de la tierra ó si hubiera de doscientos años atrás fallecido, no hallé rastro

de amigo ni pariente suyo, ni descubrirlo pude hasta que uno se llegó á mi con halagos de cola de serpiente. ¡Oh hipócrita, viejo maldito! y cómo me engañó diciendo: «yo, hijo, bien oí decir de vuestro padre; aquí os daré quien haga larga relación de sus parientes, y han de ser de los mas nobles desta ciudad, á lo que creo; y pues habreis ya cenado, veníos á dormir á mi casa, que no es hora de otra cosa; de mañana daremos una vuelta, y os pondré (como digo) con quien los conoció y trató gran tiempo.» Con la buena presencia y gravedad que me lo dijo, su buen talle, la cabeza calva, la barba blanca, larga hasta la cinta, un báculo en la mano, me representaba un San Pablo. Fiéme dél, seguilo á su posada con mas gana de cenar que de dormir, que aquel dia comí mal, por estar enojado y ser á mi costa, que temblaba de gastar; mas como lo que nos dan es poco, y si nos cuesta dineros, comemos poco pan y duro, y aun se nos hace mucho y blando, ya me hacia guardadoso.

Ibame cayendo de hambre, y mira cuál era mi huésped, pues como el cordobés me dijo que ya yo habria cenado; y si no temiera perder aquella coyuntura, no fuera con él sin visitar primero una hostería; mas la esperanza del bien que me aguardaba me hizo soltar el pájaro de la mano por el buey que iba volando. Luego como entramos, un criado salió á tomar la capa, no se la dió, antes en su lengua estuvieron razonando; enviólo fuera, y quedámonos á solas paseando. Preguntóme por cosas de España, por mi madre, si le quedó hacienda, cuántos hermanos tuve y en qué barrio vivia. Fuile dando cuenta de todo con mucho juicio. En esto me entretuve mas de una hora, hasta que volvió el criado; no sé qué recaudo le trajo, que me dijo el viejo: «ahora bien, idos á dormir, y mañana nos veremos. Hola, Antonio Maria, lleva este hidalgo á su aposento.» Fui-me con él de una en otra pieza; la casa era grande, obrada de muchos pilares y losas de alabastro; atravesamos á un corredor, y entramos en un aposento que estaba al cabo dél; teníanlo bien aderezado, con unas colgaduras de paños pintados de matices, á manera de arameles, salvo que parecian mejor; á una pared habia una cama, y junto á la cabecera un taburete; y como si tuviera que desnudarme, acometió el criado á quererlo hacer. Llevaba un vestido, que aun yo no me lo acertaba á vestir sin ir tomando guía de pieza en pieza, y ninguna estaba cabal ni en su lugar; de tal manera, que fuera imposible discernir ó conocer cuál era la ropilla ó los calzones, quien los viera tendidos en el suelo. Así desaté algunos nudos, con que lo ataba por falta de cintas, y lo dejé caer á los pies de la cama; y sucio como estaba, lleno de piojos, metíme entre la ropa: era buena, limpia y olorosa.

Consideraba entre mí si este buen viejo es deudo mio y me hace cortesía, y no quiere descubrirse hasta mañana, buen principio muestra, haráme de vestir, trataráme bien, pues estando tal, me hace tan buen acogimiento, sin duda es como lo digo; desta vez yo soy de la buena ventura. Era muchacho, no ahondaba ni via mas de la superficie; que si algo supiera y experiéncia tuviera, debiera considerar, que á grande oferta grande pensamiento, y á mucha cortesía mayor cuidado; que no es de balde, misterio tiene: *si te hace caricias el que no las acostumbra hacer, ó enganar te quiere ó te ha menester.* Salió fuera el criado, dejándome una lámpara encendida; díjele que la apagase. Respondió que no hiciera tal, porque de noche andaban en aquella tierra unos murciélagos grandes muy dañosos, y solo el remedio contra ellos era la luz, porque huían á lo oscuro. Mas me dijo, que era tierra de muchos duendes, y que eran enemigos de la luz, y en los aposentos oscuros algunas veces eran perjudiciales. Creilo con toda la simplicidad del mundo. Con esto se salió; yo luego me levanté á cerrar la puerta, no por miedo de lo que me pudieran hurtar, mas con sospecha de lo que, como muchacho, me pudiera suceder. Volvime á la cama, dormime

presto y con mucho gusto, porque las almohadas, colchones, cobertores y sábanas me brindaban, y á mí no me faltaba gana.

Pasado ya lo mas de la noche, declinada la media, caminando al claro dia, y estando dormido como un muerto, recordóme un ruido de cuatro bultos, figuras de los demonios, con vestidos, cabelleras y máscaras dello: llegaronse á mi cama, y dióme tanto miedo, que perdí el sentido, y sin hablar palabra me quitaron la ropa de encima; dábame priesa haciendo cruces, rezaba oraciones, invoqué á Jesus mil veces; mas eran demonios bautizados; mas priesa me daban. Habian puesto sobre el colchon, debajo de la sábana, una frazada; cada uno así por una esquina della, y me sacaron en medio de la pieza; turbéme tanto, viendo que rezar no me aprovechaba, que ni osaba ni podia desplegar la boca. Era la pieza bien alta y acomodada; comenaron á levantarme en el aire, manteniéndome como á perro por carnestolendas, hasta que ellos, cansados de zarandearme, habiéndome molido, me volvieron á poner adonde me levantaron, y dejándome por muerto, me cubrieron con la ropa y se fueron por donde habian entrado, dejando la luz muerta.

Yo quedé tan descoyuntado, tan sin saber de mí, que siendo de dia, ni sabia si estaba en el cielo, si en la tierra. Dios, que fué servido de guardarme, supo para qué. Serian como las ocho del dia, quiseme levantar, porque me pareció que bien pudiera, halléme de mal olor, el cuerpo pegajoso y embarrado. Acordóseme de la mujer de mi amo el cocinero, y como en las turbaciones nunca falta un desconcierto, mucho me alligó; *mas ya no podia ser el cuervo mas negro que las alas:* estreguéme todo el cuerpo con lo que limpio quedó de las sábanas, y añudéme mi batillo. En cuanto me tardé en esto estuve considerando qué pudiera ser lo pasado, y á no levantarme descoyuntado, creyera haber sido sueño; miré á todas partes, no hallaba por dónde hubiesen entrado; por la puerta no pudieron, que la cerré con mis manos y cerrada la hallé; imaginaba si fuerón trasgos, como la noche antes me dijo el mozo; no me pareció que lo serian, porque hubieran hecho muy mal de no avisarme que habia trasgos de luz. Andando en esto, alcé las colgaduras para ver si detrás dellas hubiera portillo alguno; hallé abierta una ventana que salia al corredor; luego dije: ciertos son los toros, por aquí me vino el daño; y aunque las costillas parece que me sonaban en el cuerpo, como bolsas de trebejos de ajedrez, disimulé cuanto pude por lo de la caca, hasta verme fuera de allí. Cubri muy bien la cama, de manera que no se viera, entrando, mi flaqueza, y por ella me dieran otro nuevo castigo.

El criado que allí me trajo vino casi á las nueve á decirme que su señor me esperaba en la iglesia, que fuese allá; y porque allí no se quedara el mozo, para ganarle ventaja, roguéle me llevara hasta la puerta, que no sabia salir; llevóme á la calle, y volvióse. Cuando en ella me vi, como si en los pies me nacieran alas y el cuerpo estuviera sano, tomé las de Villadiego, afufélas, que una posta no me alcanzara; mas se huye que se corre; mucho esfuerzo pone el miedo; yo me traspuse como el pensamiento, compré vianda, y para ganar tiempo, iba comiéndolo y andando; así no paré hasta salir de la ciudad, que en una taberna bebí un poco de vino, con que me reformé para caminar la vuelta de Roma, donde hice mi viaje, yendo pensando en todo él con qué pesada burla quisieron desterrarme, porque no los deshonrara mi pobreza; mas no me la quedaron á deber, como lo verás en la segunda parte.

#### CAPITULO II.

Como saliendo de Jénova Guzmán de Alfarache, comenzó á mendigar, y juntándose con otros pobres, aprendió sus estatutos y leyes.

Tal sali de Jénova, que si la mujer de Lot hiciera lo que yo, no se volviera piedra. Nunca volví atrás la cabeza

Iba la cólera en su punto, que cuando hierve, por maravilla se sienten aun las heridas mortales; después, cuanto mas el hombre se reporta, tanto mas reconoce su daño. Yo escapé de la de Roncesvalles, como perro con vejiga; no habia ligadura fiel en toda mi humana fábrica, mas no lo sentí mucho, hasta que reposé, llegando á una villeta, diez millas de allí, que aporté sin saber dónde iba, desbaratado, desnudo, sin blanca y aporreado. ¡Oh necesidad! cuánto acobardas los ánimos, cómo desmayas los cuerpos, y aunque es verdad que utilizas el ingenio, destruyes las potencias menguando los sentidos, de manera que vienen á perderse con la paciencia!

¶ Dos maneras hay de necesidad: una desvergonzada, que se convida, viniendo sin ser llamada; otra, que siendo convidada, viene llamada y rogada. La que se convida, librenos Dios della, esa es de quien trato: huésped forzoso en casa pobre, que con aquella fuerza trae mil eses en su compañía; es fuste en quien se arman todos los males, fabricadora de todas traiciones, fuerte de sufrir y de ser corregida, farol á quien siguen todos los engaños, fiesta de muchachos, folla de necios, falsa ridiculosa, fúnebre tragedia de honras y virtudes; es fiera, fea, fantástica, furiosa, fastidiosa, floja, fácil, flaca, falsa, que solo le faltaba ser francisca; por maravilla da fruto que infamia no sea. La otra que convidamos es muy señora, liberal, rica, franca, poderosa, afable, generosa, conversable, graciosa y agradable; déjanos la casa llena, hácenos la costa, es firme defensa, torre inespugnable, riqueza verdadera, bien sin mal, descanso perpetuo, casa de Dios y camino del cielo. Es necesidad que se necesita y no necesitada, levanta los ánimos, da fuerza en los cuerpos, esclarece las famas, alegra los corazones, engrandece los hechos, inmortalizando los nombres; cante sus alabanzas el valeroso Cortés, verdadero esposo suyo; tiene las piernas y pies de diamante, el cuerpo de céfiro y el rostro de carbunco; respaldece, alegra y vivifica. La otra su vecina parece á la tendera sucia: todo es monton de trapos de hospital, asquerosa, no hay á quien bien parezca, todos la aborrecen, y tienen razon. Miren pues qué tal soy yo, que de mí se enamoró, anancebóse conmigo á pan y cuchillo, estando en pecado mortal, obligándome á sustentarla; para ello me hizo estudiar el arte briviática, llevóme por esos caminos, hoy en un lugar, mañana en otro, pidiéndome limosna en todos. ¶

Justo es dar á cada uno lo que es suyo, y te confieso que hay en Italia mucha caridad, y tanta, que me puso golosina el oficio nuevo para no dejarle; en pocos dias me hallé caudaloso, de manera, que desde Jénova de donde sali, hasta Roma donde paré, hice todo el viaje sin gastar cuatrin; la moneda toda guardaba, la vianda siempre me sobraba. Era novato, y echaba muchas veces á los perros lo que después vendido me valia muchos dineros. Quisiera luego en llegando vestirme y tornar sobre mí; parecióme mal consejo, volví diciendo: «hermano Guzmán, ¿ha de ser esta otra como la de Toledo? Y si estando vestido no hallas amo, ¿de qué has de comer? Estáte quedo, que si bien vestido pides limosna no te la darán, guarda lo que tienes, no seas vano.» Asentóseme; díle otro nudo á las monedas: aquí habeis de estaros quedas, que no sé cuándo os habrá menester.

Comencé con mis trapos viejos, inútiles para papel de estraza, los harapos colgando, que parecian pizuelos de frisas, á pedir limosna, acudiendo al mediodía donde hubiese sopa, y tal vez hubo que la cobré de cuatro partes. Visitaba las casas de los cardenales, embajadores, príncipes, obispos y otros potentados, no dejando alguna que no corriese; guiábame otro mozo de la tierra, diestro en ella, de quien comencé á tomar lecciones. Este me enseñó á los principios cómo habia de pedir á los unos y á los otros, que no á todos ha de ser con un tono ni con una arenga; los hombres no quieren plagas, sino una demanda

T. III.

llana, por amor de Dios; las mujeres tienen devoción á la Virgen Maria, á nuestra señora del Rosario; y así Dios encamine sus cosas en su santo servicio, y las libre de pecado mortal, de falso testimonio, de poder de traidores y malas lenguas; esto les arranca el dinero de cuajo, bien pronunciado, y con vehemencia de palabras recitado. Enseñóme cómo habia de compadecer á los ricos, lastimar á los comunes y obligar á los devotos. Dime tan buena maña, que ganaba largo de comer en breve tiempo.

Conocia desde el papa hasta el que estaba sin capa; todas las calles corría, y para no enfadarlos pidiendo á menudo, repartía la ciudad en cuarteles, y las iglesias por fiestas, sin perder punto. Lo que mas llegaba eran pedazos de pan; este lo vendia, y sacaba dél muy buen dinero; comprábanme parte dello personas pobres, que no mendigaban, pero tenían la bola en el emboque; vendíalo también á trabajadores y hombres que criaban cebones y gallinas; mas quien mejor lo pagaba eran turroneros, para el alajú ó alfajór que llaman en Castilla; recogia demás desto algunas viejas alhajas, que como era muchacho y desnudo, compadecidos de mí me lo daban. Después di en acompañarme con otros ancianos en la facultad, que tenían primores en ella, para saber gobernarme; ihame con ellos á limosnas conocidas, que algunos por su devoción repartían por las mañanas en casas particulares.

Yendo una vez á recibirla en la del embajador de Francia, sentí otros pobres tras de mí, que decían: «este rapaz español, que agora pide en Roma, nuevo es en ella, sabe poquito y nos destruye, por lo que he visto, que habiendo una vez comido, en las mas partes que llega, si le dan vianda, no la recibe, destruyéndonos el arte, dando muestras que los pobres andamos muy sobrados; á nosotros hace mal, y á sí propio no sabe aprovecharse.» Otro, que con ellos venia, les dijo: «pues dejádmelo y callad, que yo lo disciplinaré, como se entienda, y no se deje tan fácilmente entender.» Llamóme pasico y apartóme á solas; era diestrísimo en todo. Lo primero que hizo, como si fuera proto-pobre, examinó mi vida, sabiendo de dónde era, cómo me llamaba, cuándo y á qué habia venido; díjome las obligaciones que los pobres tienen á guardarse el decoro, darse avisos, ayudarse, amarse como hermanos de mesta, advirtiéndome de secretos curiosos y primores que no sabia; porque en realidad de verdad, lo que primero aprendí de aquel muchacho y otros pobres de menor cuantía, todas eran raterías, respeto de las grandiosas que allí supe. Díome ciertos avisos, que en cuanto viva no me serán olvidados, entre los cuales fué uno, con que soltaba tres ó cuatro pliegues al estómago, sin que me parase perjuicio, por mucho que comiese. Enseñóme á trocar á trasanton, con que hacia dos efectos, lastimaba, creyendo que estaba enfermo, y que, aunque envasase dos ollas de caldo, quedara lugar para mas, y así se publicase la hambre y miseria de los pobres.

Supe cuántos bocados y cómo los habia de dar en el pan que me daban, cómo lo habia de besar y guardar, qué gestos habia de hacer, los puntos que habia de subir la voz, las horas á que á cada parte habia de acudir, en qué casas habia de entrar hasta la cama, y en cuáles no pasar de la puerta, á quien habia de importunar, y á quien pedir sola una vez; refirióme por escrito las ordenanzas mendicativas, advirtiéndome dellas para evitar escándalo y estuviese instructo. Decían así:

#### ORDENANZAS MENDICATIVAS.

Por cuanto las naciones todas tienen su método de pedir, y por él son diferenciadas y conocidas, como son los alemanes cantando en tropa, los franceses rezando, los flamencos reverenciando, los jitanos importunando, los portugueses llorando, los toscanos con arengas, los castellanos con fieros, haciéndose mal quistos, respondones

16

y mal sufridos; á estos mandamos, que se reporten y no blasfemen, y á los mas, que guarden la orden.

Item: mandamos, que ningun mendigo, llagado ni estropeado, de cualquiera destas naciones, se junte con los de otra, ni alguno de todos haga pacto ni alianza con ciegos rezadores, salta en banco, músico ni poeta, ni con cautivos libertados, aunque nuestra Señora los haya sacado de poder de turcos, ni con soldados viejos, que escapen rotos del presidio, ni con marineros que se perdieron con tormenta: que aunque todos convienen en la mendiguez, la bravia y labia son diferentes; y les mandamos á cada uno dellos que guarden sus ordenanzas.

Item: que los pobres de cada nación, especialmente en sus tierras, tengan tabernas y bodegones conocidos, donde presidan de ordinario tres ó quatro de los mas ancianos, con sus báculos en las manos; los cuales diputamos para que allí dentro traten de todas las cosas y casos que sucedieren, den sus pareceres y jueguen al rentoi, puedan contar y cuenten hazañas ajenas y suyas y de sus antepasados, y las guerras en que no sirvieron, con que puedan entretenerse.

Que todo mendigo traiga en las manos garrote ó palo, y los que pudieren, herrados, para las cosas y casos que se les ofrezcan, pena de su daño.

Que ninguno pueda traer ni traiga pieza nueva ni desmediada, sino rota y remendada, por el mal ejemplo que daría con ella, salvo si se la dieron de limosna, que para solo el día que la recibiere le damos licencia, con que se deshaga luego della.

Que en los puestos y asientos guarden todos la antigüedad de posesion y no de personas, y que el uno al otro no lo usurpe ni defraude.

Que puedan dos enfermos ó lisiados andar juntos, y llamarse hermanos, con que pidan á remuda, y entonando la voz alta, el uno comience donde el otro dejare, yendo parejos, y guardando cada uno su acera de calle, y no encontrándose con las arengas, cante cada uno su plaga diferente y partan la ganancia, pena de nuestra merced.

Que ningun mendigo pueda traer armas ofensivas ni defensivas de cuchillo arriba, ni traiga guantes, pantuflos, anteojos ni calzas atacadas, pena de las temporalidades.

Que pueda traer un trapo sucio atado á la cabeza, tijeras, cuchillo, alesna, hilo, dedal, aguja, hortera, calabaza, esportillo, zurrón y talega; como no sean costal, espuerta grande, alforjas ni cosa semejante, salvo si no llevaré dos muletas y la pierna mechada.

Que traigan bolsa, bolsico y retretes, y cojan la limosna en el sombrero. Y mandamos que no puedan hacer ni hagan landre en capa, capote ni sayo, pena que siéndoles atibada la pierdan por necios.

Que ninguno descorne levas, ni las divulgue, ni brame al que no fuere del arte, profeso en ella; y el que nueva flor entreverare, la manifieste á la pobreza, para que se entienda y sepa, siendo los bienes tales comunes, no habiendo entre los naturales estanco. Mas por vía de buena gobernacion, damos al autor privilegio que lo imprima por un año y goce de su trabajo, sin que alguno sin su orden lo use ni trate, pena de nuestra indignacion. Que los unos manifiesten á los otros las casas de limosna, en especial de juego y partes donde galanes hablaren con sus damas, porque allí está cierta y pocas veces falta.

Que ninguno críe perro de caza, galgo ni podenco, ni en su casa pueda tener mas de un gozquejo, para el cual damos licencia, y que lo traiga consigo, atado con un cordel ó cadenilla del cinto.

Que el que trajere perro, haciéndolo bailar y saltar por el aro, no se le consenta tener ni tenga puesto ni demanda en puerta de iglesia, estacion ó jubileo, salvo que pida de pasada por la calle, pena de contumaz y rebelde.

Que ningun mendigo llegue al tajón á comprar pescado ni carne, salvo con extrema necesidad y licencia de mé-

dico, ni cante, taña, baile ni dance, por el escándalo que en lo uno y en lo otro daría, lo contrario haciendo.

Damos licencia y permitimos, que traiga alquilados niños hasta cantidad de quatro, examinando las edades, y puedan los dos haber nacido de un vientre juntos, con tal que el mayor no pasé de cinco años; y que si fuere mujer, traiga el uno criando á los pechos; y si hombre, en los brazos, y los otros de la mano y no de otra manera.

Mandamos, que los que tuvieren hijos, los hagan venturos, perchando con ellos las iglesias, y siempre al ojo, los cuales pidan para sus padres, que están enfermos en una cama: esto se entienda hasta tener seis años; y si fueren de mas, los dejen volar, que salgan ventureros, buscando la vida, y acudan á casa con la pobreza á las horas ordinarias.

Que ningun mendigo consenta ni deje servir á sus hijos, ni que aprendan oficios, ni les den amos; que ganando poco trabajen mucho, y vuelven pasos atrás de lo que deben á buenos y á sus antepasados.

Que en invierno á las siete, ni el verano á las cinco de la mañana ninguno esté en la cama ni en su posada, sino que al sol salir, ó antes media hora, vayan al trabajo, y otra media en antes que anochezca se recoja y encierre en todo tiempo, salvo en los casos reservados, que de nos tiene licencia.

Permitimosles que puedan desayunarse las mañanas echando tajada, habiendo aquel día ganado para ello y no antes; porque se pierde tiempo y gasta dinero, disminuyendo el caudal principal; con tal que el olor de boca se repare, y no se vaya por las calles y casas jugando de punta de ajo, tajo de puerro, estocada de jarro, pena de ser tenidos por inhábiles é incapaces.

Que ninguno se atreva á hacer embelecos, levante alhaja, ni ayude á mudar ni trastejar, ni desnude niño, acometa ni haga semejante vileza; pena que será escluido de nuestra hermandad y cofradía, y relajado al brazo seglar.

Que pasados tres años, después de doce cumplidos en edad, habiéndolos cursado legal y dignamente en el arte, se conozca y entienda haber cumplido la tal persona con el estatuto, no obstante que hasta aquí eran necesarios otros de jabega, y sea tenida por profesa, haya y goce las libertades y exenciones por nos concedidas, con que de allí adelante no pueda dejar ni deje nuestro servicio y obediencia, guardando nuestras ordenanzas, y so las penas dellas.

### CAPITULO III.

Cómo Guzmán de Alfarache fué reprehendido de un pobre jurisperito, y lo que mas le pasó mendigando.

Demás destas ordenanzas tenían y guardaban otras muchas, no dignas deste lugar, las cuales legislaron los mas famosos poltrones de la Italia, cada uno en su tiempo las que le parecieron convenientes, que pudiera decir ser otra Nueva Recopilacion de las de Castilla. Ilustrábalas entonces un Alberto por nombre propio, y por el malo, Micer Morcon. Teniamoslo en Roma por generalísimo nuestro. Merecia por su talle, trato y loables costumbres la corona del imperio, porque ninguno le llegó de sus antecesores. Pudiera ser príncipe de poltronía y archibrion del cristianismo. Comíase dos mondongos enteros de carnero, con sus moreillas, piés y manos, una manzana de vaca, diez libras de pan, sin zarandajas de principio y postre, bebiendo con ello dos azumbres de vino. Y con juntar él solo mas de limosna que seis pobres ordinarios de los que mas llegaban, jamás le sobró ni vendió comida que le diesen, ni moneda recibió que no la bebiese; y andaba tan alcanzado, que nos era forzoso, como á vasos de bien y mal pasar, socorrerlo con lo que podíamos. Nunca lo vimos abrochado ni cubierto de la cinta para arriba, ni puesto ceñidor ni media calza; traía descubierta

la cabeza, la barba rapada, reluciendo el pellejo como si se lo lardaran con tocino.

Este ordenó, que todo pobre trajese consigo escudilla de palo, y calabaza de vino donde no se le viese. Que ninguno tuviese cántaro con agua, ni jarro en que beberla, y el que la bebiese fuera en un caldero, barroño, tinajón ó cosa semejante, donde metiese la cabeza como bestia, y no de otra manera. Que quien con la ensalada no brindase, no la pudiese hacer en toda aquella comida ó cena, y quedase con sed. Que ninguno comprase ni comiese confites, conservas ni cosas dulces. Que las comidas todas tuviesen sal ó pimienta, ó se la echasen antes del comerlas. Que durmiesen vestidos en el suelo, sin almohada y de espaldas. Que hecha la costa del día, ninguno trabajase ni pidiese. Comía echado, y el invierno y verano dormía sin cobije. Los diez meses del año no salía de tabernas y bodegones.

Teniamos (como digo) nuestras leyes, sabías yo de memoria; pero no guardaba más de las pertenecientes á buen gobierno, y las tales como si de su observancia pendiera mi remedio. Toda mi felicidad era que mis actos acreditaran mi profesion, y verme consumado en ella; porque las cosas, una vez principiadas, ni se han de olvidar ni dejar hasta ser acabadas; que es nota de poca prudencia muchos actos comenzados, y acabado ninguno. Nada puse por obra que soltase de las manos antes de verle el fin; mas como estaba verde y la edad no madura ni sazónada, faltábame la práctica, hallábame mas atajado cada día en casos que se ofrecían, y en muchos erraba.

Una siesta de los primeros días de setiembre, como á la una de la tarde, salí por la ciudad con un calor tan grande, que no lo puedo encarecer, creyendo que quien me oyera pedir á tal hora, pensara obligarme gran hambre, y me favorecieran con algo; quise ver lo que á tales horas podía sacar solo por curiosidad. Anduve algunas calles y casas, de ninguna saqué mas de malas palabras, enviándome con mal: así llegué á una, donde toqué con el palo á la puerta, no me respondieron; batí segunda y tercera vez, tampoco; vuelvo á llamar algo recio, por ser la casa grande. Un bellacon, mozo de cocina, que debía de estar fregando, púsose á una ventana, y echóme por cima un gran pailon de agua hirviendo, y cuando la tuve á cuestras, dijo muy despacio: *agua va, guardaos debajo*. Comencé á gritar, dando voces que me habian muerto; verdad es que me escaldaron, mas no tanto como lo acriminaba. Con aquello hice gente; cada uno decia lo que le parecia: unos, que fué mal hecho, otros, que yo tenia la culpa, que si no tenia gana de dormir, que dejara los otros dormidos. Algunos me consolaron, y entre los mas piadosos junté alguna moneda, con que me fui á enjugar y reposar. Iba entre mí diciendo: ¿quién me hizo tan curioso, sacando el río de su madre? ¿Cuándo podré reportarme? ¿Cuándo escarmentaré? ¿Cuándo me contentaré con lo necesario, sin querer saber mas de lo que me conviene? ¿Cuál demonio me engañó y sacó del ordinario curso, haciendo mas que los otros?

Llegaba cerca de mi casa, y junto á ella vivía un viejo de casi setenta años de pobre, porque nació de padres del oficio, y se lo dejaron por herencia, con que pasó su vida. Era natural cordobés (digolo para que sepáis que era tinto en lana), trájolo su madre al pecho á Roma el año del jubileo. Cuando me vió pasar de aquella manera, hecho un estropajo mojado, sucio, lleno de grasa, berzas y garbanzos, me preguntó el suceso, yo se lo conté, y él no podía tener la risa, y dijo: «tú, Guzmán, bien me temo no seas otro Benitillo; como te hierva la sangre, antes quieres ser maestro que discípulo. ¿No ves que haces mal en exceder de la costumbre? Pues por ser de mi país y muchacho te quiero dotrinar en lo que debes hacer. Siéntate, y considera que no se ha de pedir por la siesta el verano, y menos en las casas de hombres nobles que en

las de los oficiales; es hora desacomodada, reposan todos ó quieren reposar, dales pesadumbre que nadie los despierte, y se enfadan mucho con importunidades.

»En llamando á una puerta dos veces, ó no están en casa, ó no lo quieren estar, pues no responden; pasa de largo, y no te detengas, que perdiendo tiempo no se gana dinero.

»No abras puerta cerrada, pide sin abrirla ni entrar dentro; que acontece abriendo, descuidados de lo que sucede, salir un perro que se lleva media nalga en un bocado, y no sé cómo nos conocen, que aun dellos estamos odiados, y si perro faltare, no faltará un mozo desesperado diciendo lo que no quieras oír, si acaso con eso poco se contenta.

»Cuando pidas, no te rias ni mudes tono; procura hacer la voz de enfermo, aunque puedas vender salud, llevando el rostro parejo con los ojos, la boca justa y la cabeza baja.

»Friégate las mañanas el rostro con un paño, antes liento que mojado, porque no salgas limpio ni sucio, y en los vestidos echa remiendos, aunque sea sobre sano y de color diferente, que importa mucho ver á un pobre mas remendado que limpio, pero no asqueroso.

»Aconteceráte algunas veces llegar á pedir limosna, y el hombre quitarse un guante y echar mano á la faltriquera, que te alegrarás, pensando que es para darte limosna, y verásle sacar un lienzo de narices, con que se la limpia; no por eso te ensañes ni lo gruñas, que por ventura estará otro á su lado, que te la querrá dar, y viéndote soberbio te la quite.

»Donde fueres bien recibido acude cada día, que aumentando la devocion crece tu caudal, y no te apartes de su puerta sin rezar por sus difuntos, y rogar á Dios que le encamine sus cosas en bien.

»Responde con humildad á las malas palabras, y con blandas á las ásperas, que eres español, y por nuestra soberbia, siendo mal quistos, en toda parte somos aborrecidos, y quien ha de sacar dinero de ajena bolsa, mas conviene rogar que reñir, orar que renegar, y la *becerra mansa mama madre ajena y de la suya*.

Donde no te dieran limosna responde con devocion: *loado sea Dios; él se lo dé á vuestras mercedes con mucha salud, paz y contento desta casa, para que lo den á los pobres*. Esta treta me valió muchos dineros; porque respondiéndoles con tal blandura, y las rufanos puestas, levantándolas con los ojos al cielo, me volvían á llamar, y daban lo que tenían.

Demás desto, enseñóme á fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir el color del rostro, alterar todo el cuerpo, y otros primores curiosos del arte; á fin que no se nos dijese, que pues teniamos fuerzas y salud, que trabajásemos. Hizome muchas amistades, tenia secretos curiosos de naturaleza con que se valia; nada escondió de mí, porque le parecí capaz, y entonces comenzaba; y como ya él estaba el pié puesto en el estribo para la sepultura, quiso dejar capellán que rogase á Dios por él; así fué, que luego se murió. Juntábamnos algunos á referir con cuáles exclamaciones nos hallábamnos mejor; estudiábamnoslas de noche, inventábamnos modos de bendiciones: pobre habia que solo vivió de hacerlas, y no las vendía como farsas: todo era menester para mover los ánimos y volverlos compasivos. Los días de fiesta madrugábamnos á los perdoneos, previniendo buen lugar en las iglesias, que no alcanzaba poco quien cogía la pila del agua bendita ó la capilla de la estacion; saliamos á temporadas á correr la tierra, sin dejar aldea ni alcarria de la comarca que no anduviésemos, de donde veniamos bien proveidos, porque nos daban tocino, queso, pan, huevos en abundancia, ropa de vestir, doliéndose mucho de nosotros; pediamos un traguito de vino por amor de Dios, que teniamos gran dolor de estómago;

donde quiera nos decían si teníamos en qué nos lo diesen; llevábamos un jarrillo como para beber, de algo menos de media azumbre, siempre nos lo henchían; luego en apartándonos de la puerta lo vaciamos en una bota, que no se nos caía, colgando atrás del cinto, en que cabían cuatro azumbres, y acontecía henchirla en una calle, que nos era forzoso ir á casa, y echarlo en una tinajuela para volver por mas.

De ordinario andábamos calzados descalzos, y cubiertas las cabezas yendo descubiertos; porque los zapatos eran unas chancletas muy viejas y muy rotas, y el sombrero de lo mismo; pocas veces llevábamos camisa; porque pidiendo á una puerta con la humildad acostumbrada nuestra limosna, si decían: «perdonad, hermano, Dios os ayude, otro día daremos;» volvíamos á pedir «unos zapatillos viejos ó sombrero viejo para este pobre que anda descalzo y descubierto, al sol y al agua: bendito sea el Señor, que libró á vuestras mercedes de tanto afán y trabajo como padecemos, que él se lo multiplique y libre sus cosas de poder de traidores, dándoles la salud para el alma y el cuerpo, que es la verdadera riqueza.» Si también decían: «en verdad, hermano, que no hay que daros, no lo hay ahora;» aun quedaba otro replicato pidiendo «una camisilla vieja, rota, desechada, para cubrir las carnes y curar las llagas deste sin ventura pobre, que en el cielo lo hallen, y los cubra Dios de su misericordia; por el buen Jesús se lo pido, que no lo puedo ganar ni trabajar, me veo y me deseo, bendita sea la limpieza de nuestra Señora la Virgen María:» con esto ó con esotro, de acero eran las entrañas y el corazón de jaspe, que no se ablandaban. Escapábanse pocas casas donde no saliese prenda; y cualquier par de zapatos no podían ser tan malos, tan desechado el sombrero, ni la camisa que se nos daba tan vieja que no valiera mas de medio real: para nosotros era mucho, y á quien lo daba no era de provecho ni lo estimaba: era una mina en el Cerro de Potosí.

Teníamos mercantes para cada cosa, que nos ponían la moneda sobre tabla, zahumada y lavada con agua de ángeles: llevábamos de camino unos anillos en que caminábamos á ratos en tiempo lluvioso, para poder pasar los arroyos; y si atisbábamos persona que representase autoridad, comenzábamos á plaguearle de muchos pasos atrás, para que tuviera lugar de venir sacando la limosna; porque si aguardábamos á pedir al emparejar, muchos dejaban de darla por no detenerse, y nos quedábamos sin ella; desotro modo se erraban pocos lances. Otras veces, que había ocasión y tiempo, en divisando tropa de gente, nos aparecíamos á cojear, variando visajes, cargándonos á cuestras los unos á los otros, torciendo la boca, volteando los párpados de los ojos para arriba, haciéndonos mudos, cojos, ciegos, valiéndonos de mulletas, siendo sueltos mas que gamos; metíamos las piernas en vendos, que colgaban del cuello, ó los brazos en orillos, de manera que con esto y de buena labia, que Dios les diese buen viaje, y llevase con bien á ojos de quien bien querían, siempre valía dinero; y esta llamábamos *venturilla*, por ser en despoblado y por suceder veces muy bien, y en otras no llegar mas de lo que tasadamente nos era necesario para el camino. Teníamos por excelencia (bueno sobre todo) que no se hacia fiesta de que no gozásemos, teniendo buen lugar, ni aun banquete donde no tuviésemos parte: oliamoslo á diez barrios. No teníamos casa, y todas eran nuestras, que, ó portal de cardenal, embajador ó señor, no podía faltar; y corriendo todo turbio, de los pórticos de las iglesias nadie nos podía echar, y no teniendo propiedad, lo poseíamos todo. También había quien tenía torreoncillos viejos, edificios arruinados, aposentillos de poca sustancia, donde nos recogíamos, que ni todos andábamos ventureros, ni todos teníamos puchereros; mas yo, que era muchacho, donde

me hallaba la noche me entregaba al siguiente día, y así, aunque los llevaba malos, la juventud resistía, teniéndolos por muy buenos.

## CAPITULO IV.

En que Guzmán de Alfarache cuenta lo que le sucedió con un caballero, y las libertades de los pobres.

¶ Una verdadera señal de nuestra predestinación es la compasión del prójimo; porque tener dolor del mal ajeno, como si fuese propio, es acto de caridad que cubre los pecados, y en ella siempre habita Dios. Todas las cosas con ella viven y sin ella mueren; que ni el don de profecía, ni conocimiento de misterios, ni ciencia de Dios, ni toda la fe, faltando caridad, es nada. El amar á mi prójimo, como me amo á mí, es entre todos el mayor sacrificio, por ser hecho en el templo de Dios vivo; y sin duda es de gran merecimiento recibir uno tanto pesar de que su hermano se pierda, como placer de que él mismo se salve. Es la caridad fin de los preceptos: el que fuere caritativo, el Señor será con él misericordioso en el día de su justicia; y como sin Dios nada merezcamos por nosotros, y ella sea don del cielo, es necesario pedir con lágrimas que se nos conceda, y hacer obras con que alcanzarla, humedeciendo la sequedad hecha en el alma y durezas del corazón, que no será desechado el humilde y contrito, antes le acudirá Dios con su gracia, haciéndole señaladas mercedes; y aunque la riqueza por ser vecina de la soberbia es ocasión á los vicios, desflaqueciendo las virtudes, á su dueño peligrosa, señor tirano y esclavo traidor; es de la condición del azúcar, que siendo sabrosa, con las cosas calientes calienta, y refresca con las frías. Es al rico instrumento para comprar la bienaventuranza, por medios de la caridad; y aquel será caritativo y verdaderamente rico, que haciendo rico al pobre se hiciera pobre á sí, porque con ello queda hecho discípulo de Cristo.

Yo estaba un día en el zaguán de la casa de un cardenal, envuelto y revuelto en una gran capa parda, tan llena de remiendos, unos cosidos en otros, que tenía por donde menos tres telas, sin que se pudiera conocer de qué color había sido la primera: tenía un canto como una tabla para el tiempo, harto mejor que la mejor frazada; porque abrigaba mucho, y no la pasara el aire, agua ni frío, ni estoy por decir, un dardo. Entróme á visitar un caballero, parecía principal en su persona y acompañamiento, el cual como me vió de aquella manera, creyó debiera estar malo de liciones; y fué, que habiéndome quedado allí la noche antes, como era invierno y aventaba fresco, estábame quedo hasta que entrara bien el día. Paróse á mirarme y llamóme, saqué la cabeza, y con el susto de ver aquel personaje junto á mí, no sabiendo qué pudiera ser, mudé la color; parecióme que temblaba, y díjome: «cúbrete, hijo, estáte quedo»; y sacó de las faltriqueras lo que llevaba, que sería cantidad hasta trece reales y medio y diómelos; tomélos y quedé fuera de mí, tanto de la limosna como ver cuál iba levantando los ojos. Creo por su daga debía de decir: «bendigante, Señor, los ángeles y tus cortesanos del cielo, todos los espíritus te alaben, pues los hombres no saben y son rudos, que no siendo yo de mejor metal, y no sé si de mejor sangre que aquel, yo dormí en cama y él en el suelo, yo voy vestido y él queda desnudo, yo riego y él necesitado, yo sano y él enfermo, yo admitido y él despreciado, pudiendo haberle dado lo que á mí me diste, mudando las plazas, fuiste, Señor, servido de lo contrario: tú sabes por qué y para qué; sálvame, Señor, por tu sangre, que esa será mi verdadera riqueza, tenerte á tí, y sin tí no tengo nada.»

¶ Digo yo que aquel sabía verdaderamente granjear los talentos, que considerando á quien lo daba, sino por quien lo daba, viéndome y viéndose, me dió lo que lle-

yaba con mano franca y ánimo de compasión. Estos tales ganaban por su caridad el cielo por nuestra mano, y nosotros lo perdíamos por la dellos, pues con la golosina del recibir, pidiendo sin tener necesidad, lo quitábamos al que la tenía, usurpando nuestro vicio el oficio ajeno. Andábamos comidos, bebidos, lomienhiestos; teníamos una vida, que los verdaderamente senadores y aun comedores, nosotros éramos, que aunque no tan respetados, la pasábamos mas reposada, mejor y de menos pesadumbre; y dos libertades aventajadas mas que todos ellos, ni que algun otro romano, por calificado que fuese. La una era la libertad en pedir sin perder, que á ningún honrado le está bien; porque la miseria no tiene otro mayor que hallarse un hombre tal obligado alguna vez á ello para socorrer lo que le hace menester, aunque sea su propio hermano, porque compra muy caro el que recibe, y mas caro vende quien lo da al que lo agradece; y si en esto del pedir he de decir mi parecer, es lo peor que tiene la vida del pobre, siéndole forzoso; porque aunque se lo dan, le cuesta mucho pedirlo. Mas le diré cuál sea la causa que el pedir escuece y duele tanto. Como el hombre sea perfecto animal racional, criado por eternidad, semejante á Dios (como él dice), que cuando lo quiso hacer, asistiendo á ello la santísima Trinidad, le dijo: *hagámoste á nuestra imagen y semejanza* (también se pudiera decir cómo se ha de entender esto, mas no es este su lugar); quedó el hombre hecho, saliendo con aquel natural, todos inclinados á querernos endiosar, avecindándonos cuanto mas podemos, y siempre andamos con esta sed secos, y con esta hambre flacos. Vemos que Dios crió todas las cosas, nosotros queremos lo mismo, y ya que no podemos, como su Divina Majestad de nada, hacémoste de algo, como alcanza nuestro poder, procurando conservar los individuos de las especies, en el campo los animales, los peces en el agua, las plantas en la tierra, y así en su natural cada cosa de las del mundo. Miró las obras hechas de sus manos, parecióle muy bien, como manos benditas y poderosas; alegróse de verlas que estaban á su gusto. Eso pasa hoy al pie de la letra.

¶ Queremos hacer ó contrahacer; cuán bien me parece el ave que en mi casa crío, el cordero que nace en mi cortijo, el árbol que planto en mi huerto, la flor que en mi jardín sale; cómo me huelgo de verla en tal manera, que aquello que no crié hice ó planté, aunque sea muy bueno, lo arrancaré, destruiré y desharé, sin que me dé pesadumbre; y lo que es obra de mis manos, hijo de mi industria, fruto de mi trabajo, aunque no sea tal, como hechura mía, me parece y lo quiero bien. Del árbol de mi vecino y del conocido, no solo quitaré la flor y fruto, mas no le dejaré hoja ni rama, y si se me antojare cortaré el tronco. Del mio me llega al alma, si hallo una hormiga que le dañe ó pájaro que le pique; porque es mio, y en resolución todos aman sus obras; así en quererlas bien me parezco al que me crió, y del lo heredé yo. En todos los mas actos es lo mismo: es muy propio en Dios el dar, y muy impropio el pedir cuando no es para nosotros mismos, que lo que nos pide no lo quiere para sí, ni le hace necesidad al que es remedio de toda necesidad y hartura de toda hambre. Mucho tiene y puede dar, y nada le puede faltar; todo lo comunica y reparte, cual tú pudieras dejar sacar agua de la mar, y con mayor largueza, lo que va de tu miseria á su misericordia.

¶ Queremos también parecerle en esto: á su semejanza me hizo, á él he de semejar, como á la estampa lo estampado. ¡Qué locos, qué perdidos, qué deseosos y desvanecidos andamos todos por dar! El avariento, el guardoso, el rico, el logrero, el pobre, todos guardan para dar; sino que los mas entienden menos, como he dicho antes de ahora, que lo dan después de muertos. Si preguntases á estos que llegan el dinero, y lo entierran en

vida, para qué lo guardan, responderían los unos que para sus herederos, otros que para sus almas, otros que para tener que dejar, y todos desengañados de que consigo no lo han de llevar. Pues ves cómo lo quieren dar, sino que es fuera de tiempo, como un aborto que no tiene perfección; mas al fin ese es nuestro fin y deseo. ¡Cuán endiosado se halla un hombre cuando con ánimo generoso tiene que dar y lo dá! ¡Qué dulce le queda la mano, alegre el rostro! ¡Qué descansado el corazón! ¡Qué contenta el alma! ¡Qué dulce le queda la mano, alegre el rostro! ¡Qué descansado el corazón! ¡Qué contenta el alma! ¡Qué dulce le queda la mano, alegre el rostro!

¶ De donde queriendo hacer lo que hizo el que como á sí nos hizo, gustamos tanto en el dar, y sentimos el pedir, y aquellos con quien la divina mano fué tan franca, que habiéndolos hecho (y de ánimo noble, que es otro don particular), se hallan oprimidos, faltos de bienes, querían padecer antes cualquier miseria, que pedir á otro que se la socorra. Destos es de quien se debe tener lástima, y estos son á los que á manos llenas habría todo el mundo de favorecer, y en esto se conoce quién les hace amistad y se la muestra, que viendo al necesitado lo socorran sin que lo pida, que si aguardan á este punto, ni le da ni le presta; deuda es que le paga, con logro le vende y con ventajas. Ese es amigo que socorre á su amigo, y ese *llamo socorro con el que corro*: yo he de darlo, que no han de pedirlo; con él he de correr, que no esperar ni andar.

¶ Si me detuve y no te satisface, perdona mi ignorancia, recibiendo mi voluntad. Así que, la libertad en pedir solo al pobre le es dada, y en esto nos igualamos con los reyes, y es particular privilegio poderlo hacer; y no ser bajeza, como lo fuera en los mas; pero aun hay diferencia: que los reyes piden al comun, para el bien comun por la necesidad que padecen, y los pobres para sí solos por la mala costumbre que tienen. La otra libertad de los cinco sentidos, ¿quién hay hoy en el mundo que mas licenciosa ni francamente goce dellos, que un pobre, con mayor seguridad ni gusto? Y pues he dicho gusto, comenzaré por él: pues no hay olla que no espumemos, manjar de que no probemos, ni banquete de donde no nos quepa parte. ¿Dónde llegó el pobre que, si hoy una casa le niegan, mañana no le den? Todas las anda, en todas pide, de todas gusta, y podrá decir muy bien en cuál se sazona mejor. El oír: ¿quién oye mas que el pobre? que como desinteresados en todo género de cosa, nadie se recela que los oiga: en las calles, en las casas y en las iglesias, en todo lugar se trata cualquier negocio sin recelarse dellos, aunque sea caso importante. Pues de noche durmiendo en plazas y calles, ¿qué música se dió que no la oyésemos? ¿Qué requiebro hubo que no lo supiésemos? Nada nos fué secreto, y de lo público, mil veces lo sabíamos mejor que todos, porque oíamos tratar dello en mas partes que todos. Pues el ver: ¿cuán francamente lo podíamos ejercitar sin ser notados, ni haber quien lo pidiese ni lo impidiese? ¿Cuántas veces me acusé que, pidiendo en las iglesias, estaba mirando y alegrándome? Quiero decir (para mejor aclararme), codiciando mujeres de rostros angélicos, cuyos amantes no se atrevieran ni osaran mirar, por no ser notados, y á nosotros nos era permitido. Oler: ¿quién mas pudo oler que nosotros, que nos llaman oledores de casas ajenas? Demás, que si el olor es mejor cuanto nos es mas provechoso, nuestro ámbar y almizcle (mejor que todos y mas verdadero) era un ajo, que no faltaba de ordinario, preservativo de contagiosa corrupción; y si otro olor queríamos, nos íbamos á una esquina de las calles donde se venden estas cosas, y allí estábamos al olor de los coletes y guantes aderezados, hasta que los polvillos nos entraban por los ojos y narices. El tacto: querrás decir que nos faltaba, que jamás pudo llegar á nuestras manos cosa buena; pues desengañados